

Iris Rivera

La Viuda

Leyenda argentina
Ilustrado por Gerardo Baró



—Yo no creo en esas cosas —dijo don Vargas empinándose el vaso de ginebra.

—Y eso, a La Viuda, ¿qué le importa? ¿O piensa que ella se les aparece a los que creen, nomás?

Así le contestó Rosendo, el dueño del bar.

—No, si ya sé —dijo don Vargas—. No me va a querer contar de nuevo la historia del gaucho que iba por la quebrada.

—¿Y qué? Aunque no se la cuente, el gaucho iba. Y La Viuda se le subió en ancas.

—Sí, claro... mientras que galopaba se le subió. ¡Por favor!

—Y sí. ¿O se piensa que La Viuda saca la mano como el que para el colectivo? Cuando se quiso acordar la tenía atrás. Toda de negro y la cabeza tapada. Toda huesuda como es... ¡hasta el caballo tembló!

—Bah... bah... ¿no era pasada la medianoche?

—Pasadas las doce, sí.

Texto © 2005 Iris Rivera. Imagen © 2005 Gerardo Baró. Permitida la reproducción no comercial, para uso personal y/o fines educativos. Prohibida la reproducción para otros fines sin consentimiento escrito de los autores.

Prohibida la venta. Publicado y distribuido en forma gratuita por Imaginaria y EducaRed:

<http://www.educared.org.ar/imaginaria/biblioteca>

—¿Y cómo la vio el gaucho a La Viuda, oiga? Toda de negro y noche cerrada. ¿O a la quebrada le pusieron alumbrado ahora?

—Noche cerrada, no. Noche de luna debía ser.

—Debía ser... debía ser... Ya está inventando ¿ve? Y más que eso habrá inventado el que se la contó a usted.

—El que me la contó es el propio gaucho.

—Ah, bueno... así que el hombre vivió para contarla. ¡No me diga!

—Y aunque no le diga, vivió.

—¿Y cómo hizo, a ver?

—¿Cómo hizo? Vivió porque sabía.

—¿Y qué es lo que sabía ese gaucho mentiroso, diga?

—Que la tenía que entretener. Que si quería salvarse la tenía que entretener.

—¿Entretener a La Viuda? Caray... ¿y es fácil?

—¡Qué va a ser fácil! Bien difícil, es. El que la ve no para de temblar. Y al final, no cuenta el cuento.

—¡Juá juá! Temblando la entretuvo, el gaucho, entonces...

—Temblando y no sé cómo. La cosa es que llegó vivito al alba.

—No sabe cómo ¿ve? Repite lo que no sabe.

El Rosendo ya estaba con ganas de mandarlo a freír tortas.

—A usted no hay cosa que le venga, amigo —dijo—. Si no sé... porque no sé. Y si sé... porque invento. Paguemé la ginebra y buenas noches.

—¡Epa, epa! Se puso nervioso ahora. Pongalé que le acepto que el gaucho vivió hasta el alba. Y con eso ¿qué?

—¿Cómo qué? Con el alba, La Viuda desaparece.

—Ah, bueno... ¡sólo eso me faltaba oír!

Don Vargas tiró un billete sobre el mostrador, le dio la espalda al Rosendo y, cuando llegó a la puerta, soltó tal carcajada que despertó al borracho de la mesa del fondo. El Rosendo lo maldijo entre dientes mientras don Vargas subía a su auto viejo. Y se fue.

Que La Viuda persigue a los hombres, a ciertos hombres, eso es lo que se dice. Y también que disfruta de espeluznarlos hasta que los mata de espanto. Que los espera en los caminos, en los puentes. Cuando vuelven a deshoras porque se quedaron por ahí chupando alcohol y engañando a la mujer.

La Viuda es una esposa muerta. Pero no cualquier esposa. Tiene que ser que haya muerto de odio y dolor por traición de su hombre. Y que haya firmado contrato con el diablo.

Su venganza empieza por el marido, apenas ve que se va a vivir con la otra. Lo persigue y lo horroriza hasta que lo enferma. Hasta que la otra lo abandona. Y después se le sigue apareciendo y lo va secando, lo seca a fuerza de espantarlo. Y queda seco ahí. Seco.

Después se empieza a dedicar a otros infieles, a los maridos de otras engañadas. Busca a una víctima y ya no la deja. Porque el contrato con el diablo dice que La Viuda no se satisface nunca. Que no se acaba nunca de vengar.

—Esta noche vuelvo tarde —le dijo don Vargas a su mujer—. No me esperés despierta, no hace falta. Dormí tranquila nomás.

Lo que no le dijo fue lo de la chinita de la estancia de Barbosa que desde hacía unos meses iba hasta la tranquera cuando había luna. No le dijo que lo estaba esperando con el oído largo para pescar el ruido del motor. Eso no se lo dijo, pero fue. Y estuvo con la chinita y a la vuelta paró en el bar del Rosendo a tomarse unas cañas y a fumar. A fumar solo, sin hablar con nadie, y con media sonrisa debajo del bigote por la forma tan fresca de engañar a las dos.

Hacía rato ya que unas nubes espesas habían tapado la luna y, por momentos, rodaban truenos lejanos.

Eran pasadas las doce cuando Don Vargas se levantó. Le hizo un saludo al Rosendo tocándose el sombrero y rumbeó para el auto estacionado en la puerta. El Rosendo le respondió con una mueca.

Don Vargas tenía que atravesar todo el valle para llegar a su casa donde la esposa dormía tranquila nomás. Dio arranque al auto y partió.

Y allá iba, entonadito y contento de sí mismo, cuando ve un bulto oscuro al costado de la ruta. Encorvado iba el bulto, caminando. A la luz de los faros, don Vargas pudo ver que aquello debía ser una viejita. Y él no era hombre sin alma, no señor. Le dio lástima, a semejantes horas y con la lluvia al caer. Pensarlo y parar el auto fue todo uno.

—Suba, abuelita, que la acerco.

Pero la viejita no contestó y siguió andando a pasos cortos.

—Mire, abuela, que se viene la tormenta...

Pero la viejita seguía cabeza gacha, pasito a paso. Y don Vargas pensó bueno, será cieguita. O sordita más bien. Entonces alzó la voz.

—¡Eh, abuela! ¡La llevo el pueblo! ¡Se va a mojar!

Pero la anciana, nada.

A la fuerza no la puedo llevar, pensó don Vargas porque él sí que sabía tratar a las damas, ¡que Dios te ayude, vieja loca!

Puso primera y hasta la vista. Relámpagos cruzados iluminaban los árboles. El redoble de truenos ya se oía sobre las copas. Don Vargas miró atrás por el espejo y pisó el acelerador. Cuando volvió a mirar dudó de sus ojos. Ahí, agarrada del parante de la ventanilla, estaba la abuelita. Se sostenía a duras penas, sabe Dios dónde estaría apoyando los pies. El ancho vestido negro le flameaba hacia atrás. El mantón le cubría la cabeza, la cara.

Si don Vargas hubiera creído en La Viuda, no paraba el auto. Pero no creía. Cuando pisó el freno, la vieja trastabilló a punto casi de rodar por la banquina.

Don Vargas se bajó rápidamente, caballeroso, y apenas tuvo tiempo de recibirla en brazos cuando ella se soltó. El ropón sobre la cara se corrió un poco, pero no lo bastante.

—Vamos hasta esos eucaliptos —le oyó decir a ella con una voz más dulce que uva madura.

Era una voz joven. Don Vargas, al oírla, comenzó a tiritar. No de frío, no de miedo. Tiritaba. El monte de eucaliptos estaba ahí, a unos pasos. Caían las primeras gotas cuando empezó a caminar con ella en brazos. Iba hechizado por esa voz. Y temblaba sin poder contenerse. No de miedo, no de frío. Temblaba como las hojas de los eucaliptos.

—Hay un tesoro oculto entre esos árboles... y es para vos — le oyó decir, melosa, mientras sentía que le rodeaba el cuello en lo que parecía casi un abrazo.

Bajo los eucaliptos lo abrazó con más ternura. Con más miel fue ajustando el abrazo. Un poco. Un poco más. Llovía. El mantón se le fue deslizando y dejó al descubierto, a la luz de los faros, la cabeza.

Don Vargas quiso desviar la vista o cerrar los ojos. Quiso y no pudo. Porque la mano firme de La Viuda lo tomó del mentón, le levantó la cabeza que él agachaba. Y lo obligó a mirarla cara a cara. Bien de frente.